

Peyrade hizo una seña á Corentín, y, llevándolo al alfézar de una ventana, le dijo:

—Ya he caído. Este Michú, que podía pagar ochocientos mil francos en oro por Gondreville á Marión, y que quería matar hace un momento á Maligno, debe ser el hombre de los Simeuse; el interés que le ha llevado á amenazar á Marión, debe ser el mismo que le ha impulsado á apuntar con su carabina á Maligno. Yo creí que era hombre convencido de sus ideas y ahora veo que nunca ha obedecido más que á una; está instruido de la cosa, y habrá venido á advertirlo aquí.

—Maligno habrá hablado de la conspiración con su amigo el notario, dijo Corentín continuando las inducciones de su colega; y Michú, que se hallaba emboscado, sin duda le habrá oído hablar de los Simeuse. En efecto, no ha podido aplazar el tiro, á no ser para prevenir una desgracia que le ha parecido mayor que la pérdida de Gondreville.

—Nos ha reconocido admirablemente por lo que somos, dijo Peyrade. Por eso desde un principio me pareció prodigiosa la inteligencia de este aldeano.

—¡Oh! eso prueba que estaba alerta, respondió Corentín. Pero, después de todo, amigo mío, no nos engañemos. La traición huele enormemente mal, y las gentes primitivas la sienten de lejos.

—Nosotros no dejamos por eso de ser más fuertes, dijo el provenzal.

—Llame usted al sargento de Arcís, gritó Corentín á uno de los gendarmes. Mandaremos á alguien al pabellón, dijo á Peyrade.

—Ya está allí Violette, nuestro escucha, dijo el provenzal.

—Hemos salido sin tener noticias tuyas, dijo Corentín. Debíamos haber traído con nosotros á Sabatier, pues los dos no bastamos. Sargento, dijo viendo entrar al gendarme y colocándolo entre Peyrade y él, no vaya usted á dejarse engañar como se dejó el sargento de Troyes hace un momento. Nos parece que Michú está complicado en este asunto; vaya usted al pabellón, vigílelo bien y venga á darnos cuenta de lo que observe.

—Uno de mis hombres ha oído caballos en el bosque en el momento en que se prendía á los criaditos, y yo he enviado cuatro números en persecución de los que intentan esconderse, respondió el gendarme.

Salió en seguida, y el ruido de su caballo, que resonó en el patio, fué alejándose rápidamente.

—Vamos, van á París ó retroceden hacia Alemania, se dijo Corentín.

Se sentó después, sacó del bolsillo una cartera, escribió dos cartas con lápiz, las metió bajo un sobre y, haciendo seña de que se aproximase á uno de los gendarmes, le dijo:

—Vaya usted al galope á Troyes, despierte al prefecto y dígame que tan pronto como amanezca haga circular el telégrafo.

El gendarme partió al galope. El objeto de este movimiento y la intención de Corentín eran tan claros, que todos los habitantes del castillo sintieron que se les oprimía el corazón; pero esta nueva inquietud fué un golpe más en su martirio, pues en este momento tenían los ojos fijos en la preciosa cajita. Al mismo tiempo que hablaban, los dos agentes espiaban la expresión de aquellas chispeantes miradas. Una especie de rabia fría animaba el corazón insensible de aquellos dos seres, que saboreaban el terror general. El policía siente todas las emociones del cazador; pero al desplegar las fuerzas del cuerpo y de la inteligencia, allí donde el uno procura matar una liebre, una perdiz ó un corzo, trata el otro de salvar al Estado ó al monarca, ó de ganar una buena recompensa. Así es que la diferencia que existe entre la caza del hombre y la otra clase de caza, es la misma que existe entre los hombres y los animales. Por otra parte, el espía necesita dar á su papel toda la grandeza é importancia de los intereses que defiende. Aunque no se haya ejercido este oficio, cualquiera puede concebir que el alma se apasiona tanto en su ejercicio, como el cazador persiguiendo á la pieza. De modo que cuanto más avanzaban hacia la luz, más entusiasmados estaban aquellos dos hombres; pero su actitud y sus modales eran tan fríos y tranquilos, como impenetrables sus ideas y su plan. Pero el que

hubiese visto los efectos del olfateo moral de estos dos sabuesos al seguir la pista de hechos desconocidos y ocultos, el que hubiese comprendido los movimientos de agilidad canina que hacían para encontrar la verdad mediante el rápido examen de las probabilidades, se hubiera estremecido. ¿Cómo y por qué aquellos hombres de genio habían caído tan bajo, cuando podían estar á tan gran altura? ¿Qué imperfección, qué vicio, qué pasión los rebajaba de aquel modo? ¿Hay hombres que son policías como otros son pensadores, escritores, hombres de Estado, pintores, generales, sin saber hacer más que espiar, del mismo modo que aquellos hablan, escriben, administran, pintan ó se batan? Los criados del castillo tenían todos el mismo deseo: «¿No vendrá un rayo del cielo para estos infames?» Todos sentían sed de venganza y, sin la presencia de los gendarmes, hubiera habido allí una revolución.

—¿No tiene nadie la llave de este cofre? preguntó el cínico Peyrade interrogando á la multitud, tanto con el movimiento de su gorda nariz encarnada, como con su palabra.

El provenzal observó, no sin temor, que ya no había allí gendarmes. Corentín y él se encontraban solos. Corentín sacó un puñalito del bolsillo y se dispuso á forzar la cajita. En este momento se oyó, primero en el bosque, después en la puerta del castillo, el horrible ruido de un galope desesperado; pero lo que causó mayor espanto fué la parada y el suspiro del caballo, que cayó desplomado al detenerse. Una conmoción semejante á la que produce el rayo se apoderó de todos los espectadores cuando vieron aparecer á Lorenza, anunciada de antemano por el roce de su amazona. Sus criados se apresuraron á ponerse en línea para dejarle paso. A pesar de la rapidez de su carrera, experimentó la pena que tenía que causarle el descubrimiento de la conspiración ¡todas sus esperanzas destruidas! Presa de estas ideas, había galopado con rabia pensando en la necesidad de someterse al gobierno consular. Sin el peligro que corrían los cuatro hidalgos, y que fué el tópicó con cuya ayuda dominó su fatiga y su desesperación, hubiese caído desmayada. Casi había reventado á su yegua para ir á colocarse entre la muerte

y sus primos. Al ver á aquella heroica muchacha, pálida y desencajada, con el látigo en la mano, con el velo subido, en el dintel de la puerta, desde donde con chispeante mirada abrazó toda la escena y se penetró de ella, todo el mundo comprendió, por el imperceptible movimiento que contrajo el turbado y agrio rostro de Corentín, que los verdaderos adversarios estaban frente á frente. Un terrible duelo iba á empezar. Al ver aquella cajita en manos de Corentín, la joven condesa levantó su látigo y saltó con tal rapidez, le dió en las manos tan violento golpe, que la cajita cayó al suelo. Hecho esto, Lorenza la cogió, la arrojó á las brasas de la chimenea y se colocó delante en una actitud amenazadora, antes de que los dos agentes hubiesen salido de su sorpresa. El desprecio que se dibujaba en los ojos de la condesa, su frente pálida y sus labios desdeñosos, insultaban á aquéllos mucho más aún que el gesto con que había tratado á Corentín cual si fuese un animal venenoso. El honrado Hauteserre se sintió caballero, la sangre toda se le agolpó al rostro y deploró no tener allí una espada. Los servidores se estremecieron de alegría. Aquella venganza tan deseada acababa de alcanzar á uno de aquellos hombres. Pero su dicha quedó bien pronto interrumpida por un espantoso temor: seguían oyendo á los gendarmes que iban y venían por los graneros. El *espía*, sustantivo enérgico, bajo el cual se confunden las distintas clases de agentes de policía, pues el público no ha querido nunca especificar con el lenguaje las diversas clases que forman esta farmacia necesaria á los gobiernos, el espía, repito, tiene una cosa magnífica y curiosa: no se enfada nunca, tiene la humildad cristiana de los sacerdotes, la mirada acostumbrada al desprecio, que él, por su parte, opone como una barrera al pueblo necio que no le comprende; tiene la frente de bronce, marcha á su objeto como el animal cuyo casco no puede ser atravesado por el cañón; pero también, como el animal, se pone tanto más furioso, cuanto más indudablemente ha creído que era impenetrable su coraza. El latigazo en los dedos fué para Corentín, dolor aparte, el cañonazo que rompe la coraza; por parte de aquella sublime y noble joven, aquel movimiento

de repugnancia le humilló, no sólo á los ojos de aquella pequeña multitud, sino á los suyos propios. Peyrade, el provincial, se precipitó hacia la chimenea y recibió una patada de Lorenza; pero le cogió el pie, se lo levantó y la obligó, por el pudor, á sentarse en la poltrona donde dormía unas horas antes. Esto fué lo burlesco en medio del terror, contraste frecuente en las cosas humanas. Peyrade se chamuscó la mano para apoderarse de la cajita que ardía, pero logró sacarla, la puso en el suelo y se sentó encima de ella. Estos acontecimientos pasaron con gran rapidez y sin que nadie pronunciase una palabra. Corentín, repuesto del dolor que le había causado el latigazo, sujetó á la señorita de Cinq-Cygne teniéndole las manos.

—*Hermosa ciudadana*, no me obligue usted á emplear la fuerza, le dijo con cortesía.

La acción de Peyrade dió por resultado la extinción del fuego por falta de aire.

—¡Gendarmes, á nosotros! exclamó conservando su extravagante posición.

—¿Me promete usted ser juiciosa? dijo insolentemente Corentín á Lorenza, recogiendo su puñal y sin cometer la falta de amenazarla.

—Los secretos de esa cajita no conciernen al gobierno, respondió ella con cierta melancolía en el aire y en el acento. Cuando hayan leído ustedes las cartas que encierra, sentirán vergüenza de haberlas leído, á pesar de lo infames que son ustedes; pero ¿qué digo? ¿acaso sienten ustedes vergüenza por algo? preguntó después de una pausa.

El cura dirigió á Lorenza una mirada como para decirle: ¡En nombre de Dios, cálmese usted!

Peyrade se levantó. El fondo de la cajita, casi enteramente quemada, dejó en la alfombra una quemadura. La parte inferior de la cajita estaba ya carbonizada y los lados cedieron. Aquel grotesco Scébola, que acababa de ofrecer al dios de la Policía, al Miedo, la parte posterior de su calzón, abrió la caja y colocó tres cartas y dos mechones de pelo sobre el tapete de la mesilla de juego. Iba á sonreír mirando á Corentín, cuando vió que los cabellos eran de dos colores

blancos diferentes. Corentín dejó á la señorita de Cinq-Cygne para ir á leer la carta en donde habían caído los cabellos. Lorenza se levantó también, se puso al lado de los dos espías y les dijo:

—¡Ah! lean ustedes en voz alta, que ese será su castigo.

Y como viese que leían con los ojos solamente, ella misma leyó en voz alta la carta siguiente:

«Querida Lorenza: Mi marido y yo hemos tenido conocimiento de su hermosa conducta de usted en el triste día de nuestro arresto. Sabemos que ama usted á nuestros queridos gemelos tanto como los amamos nosotros mismos. Así es que vamos á confiar á usted un depósito triste al par que precioso para ellos. El ejecutor acaba de cortarnos los cabellos, pues vamos á morir dentro de algunos instantes, y nos ha prometido que haría llegar á sus manos los dos únicos recuerdos que nos es posible dar á nuestros queridísimos huérfanos. Guarde usted estos restos nuestros y déselos cuando lleguen mejores tiempos. Unido á ellos va nuestro último beso y nuestra bendición. Los últimos pensamientos serán primero para nuestros hijos, después para usted y el último para Dios. Quiéralos mucho.

»BERTA DE CINQ-CYGNE.

»JUAN DE SIMEUSE.»

Al terminar la lectura de esta carta se veían lágrimas en todos los ojos.

Lorenza dijo á los agentes con voz firme, lanzándoles una mirada petrificante:

—Son ustedes menos compasivos que el verdugo.

Corentín colocó tranquilamente los cabellos dentro de la carta y puso ésta á un lado sobre la mesa, colocando encima una canastilla de fichas para sujetarla. Esta sangre fría, en medio de la emoción general, era espantosa. Peyrade abrió las otras dos cartas.

—¡Oh! respecto á éstas, repuso Lorenza, son poco más ó menos lo mismo. Han oído ustedes el testamento, y aquí

verán que se ha cumplido. En lo sucesivo mi corazón no tendrá secretos para nadie.

«1794, Andernach, antes del combate.

»Mi querida Lorenza: La amo á usted eternamente y quiero que no lo olvide; pero, caso de que yo llegase á morir, sepa que mi hermano Pablo María la ama á usted tanto como yo. Mi único consuelo, si muero, será el tener la seguridad de que llegará un día en que hará usted á mi hermano su marido, sin ver que me consumo de celos, como ocurriría indudablemente, si, viviendo los dos, lo prefiriese usted á mí. Después de todo, esta preferencia me parecería muy natural, porque sin duda vale más que yo, etc.

»MARÍA PABLO.»

—He aquí la otra, repuso Lorenza con el rostro cubierto de encantador rubor.

«Andernach, antes del combate.

»Mi buena Lorenza: Siento alguna tristeza en el alma; pero María Pablo es de carácter demasiado alegre para que no le agrade á usted más de lo que yo pudiera agradecerle. Algún día será preciso que usted escoja entre los dos, y aunque yo la amo á usted con pasión...»

—Tiene usted correspondencia con emigrados, dijo Peyrade interrumpiendo á Lorenza y tomando la precaución de poner las cartas á la luz para ver si contenían entre líneas alguna escritura con tinta simpática.

—Sí, dijo Lorenza recogiendo las preciosas cartas, cuyo papel estaba amarillo. ¿Pero en virtud de qué derecho viola usted así mi domicilio, mi libertad personal y todas las virtudes domésticas?

—¡Ah! dijo Peyrade, ¿con qué derecho? Voy á decirselo á usted, hermosa aristócrata, repuso sacando del bolsillo una orden emanada del ministro del interior. Mire usted, ciudadana, los ministros han tomado esto por su cuenta.

—¿Podríamos preguntarle á usted con qué derecho alberga en su casa á los asesinos del Primer Cónsul? le dijo Corentín al oído. Me ha aplicado usted un latigazo en los dedos que me autorizaría para dar algún día un golpe de mano y mandar al otro barrio á sus primos, cuando venía dispuesto á salvarlos.

Por el solo movimiento de los labios y por la mirada que Lorenza dirigió á Corentín, el cura comprendió lo que decía aquel artista desconocido, é hizo á la condesa una seña de desconfianza que sólo fué vista por Goulard. Peyrade daba golpecitos en la parte superior de la caja para ver si tenía doble fondo.

—¡Oh! ¡Dios mío! no la rompa usted, y mire, dijo la condesa quitándole la caja á Peyrade.

Tomó un alfiler, empujó con él la cabecita de una de las figuras esculpidas en la tapadera, y las dos planchas, empujadas por un resorte, se desunieron, apareciendo dentro las miniaturas de los señores de Simeuse, en uniforme del ejército de Condé, dos retratos sobre marfil hechos en Alemania. Corentín, que se encontraba frente á frente con un adversario digno de toda su cólera, llamó á Peyrade con un gesto, y, llevándolo á un rincón, conferenció secretamente con él.

—¡Y tiraba usted eso al fuego! dijo el abate Goujet á la condesa, señalándole con una mirada la carta de la marquesa y los cabellos.

Por toda respuesta, la joven se encogió significativamente de hombros. El cura comprendió que lo sacrificaba todo para distraer á los espías y ganar tiempo, y levantó los ojos al cielo haciendo un gesto de admiración,

—Oigo llorar á Gothard, ¿en dónde lo han detenido? dijo en voz bastante alta para poder ser oída.

—No lo sé, respondió el cura.

—¿Había ido á la quinta?

—¡La quinta! dijo Peyrade á Corentín. Enviemos allí á alguien.

—No, repuso Corentín. Esta muchacha no hubiera confiado la salvación de sus primos á un cortijero. Lo que ella

hace es distraernos. Haga usted lo que le digo, á fin de poder llevar siquiera algunos datos después de haber cometido la falta de venir aquí.

Corentín fué á ponerse delante de la chimenea, levantó los largos y puntiagudos faldones de su casaca para calentarse y tomó el tono, el aire y los modales de un hombre que está de visita.

—Señores, pueden ustedes acostarse, lo mismo que los criados. Señor alcalde, sus servicios me son ya inútiles. La severidad de nuestras órdenes no nos permiten obrar de otro modo que como acabamos de hacerlo; cuando todas las paredes, que me parecen bastante espesas, hayan sido examinadas, nos marcharemos.

El alcalde saludó á todos y salió. El cura y la señorita Goujet no se movieron. Los criados estaban demasiado inquietos para no seguir la suerte de su joven ama. La señora de Hauteserre, que, desde la llegada de Lorenza, la examinaba con la curiosidad de una madre desesperada, se levantó, la cogió por un brazo, la llevó á un rincón y le dijo en voz baja:

—¿Los ha visto usted?

—¿Cómo había de consentir que sus hijos estuviesen bajo su techo sin que usted lo supiese? respondió Lorenza. Durieu, dijo después, vea usted si es posible salvar á mi pobre Estela, que respira aún.

—¿Ha andado mucho? dijo Corentín.

—Quince leguas en tres horas, le respondió al cura, que la miraba estupefacto. He salido á las nueve y he vuelto á la una y media dada.

Y miró el reloj, que marcaba las dos y media.

—¿De modo que no niega usted que ha hecho una tirada de quince leguas? repuso Corentín.

—No, contestó ella. Confieso que mis primos, los señores de Simeuse, dada su perfecta inocencia, contaban solicitar el que no se les exceptuase de la amnistía y volvían á Cinq Cygne. Pero cuando yo vi que el señor Maligno quería hacerles traición, he ido á decirles que se volvisen á Alemania, donde estarán antes de que el telégrafo de Tro-

yes pueda dar aviso á la frontera. Si he cometido algún crimen, que me castiguen.

Esta respuesta, profundamente meditada por Lorenza y tan probable en todas sus partes, hizo vacilar á Corentín, que era observado por la condesa con el rabillo del ojo. En este instante tan decisivo, cuando todas las almas estaban en cierto modo suspendidas de aquellos dos rostros y cuando todas las miradas iban de Corentín á Lorenza y de Lorenza á Corentín, el ruido de un caballo al galope resonó en el camino y una espantosa ansiedad se pintó en todas las caras.

Peyrade entró mostrando en sus ojos una gran alegría, y, acercándose con precipitación á su colega, le dijo en voz bastante alta para que la condesa pudiera oirlo:

—Ya tenemos á Michú.

Lorenza, cuyas mejillas estaban coloreadas por la angustia, las fatigas y la tensión de todas sus facultades intelectuales, se puso de pronto pálida y cayó, casi desmayada y como herida por un rayo, sobre el sofá. La Durieu, la señorita Goujet y la señora de Hauteserre se precipitaron sobre ella, pues veían que se ahogaba. La condesa indicó con un gesto que le cortasen los cordones de su amazona.

—Ha caído en el lazo y ya no hay duda de que la gente va hacia París, dijo Corentín á Peyrade. Cambiemos las órdenes.

Salieron dejando un gendarme á la puerta del salón. La astucia infernal de estos dos hombres acababa de proporcionarles una horrible ventaja en este duelo, cogiendo á Lorenza en el lazo de una de sus más habituales astucias.

A las seis de la mañana, al amanecer, los dos agentes volvieron. Después de haber explorado el camino que partía de la brecha, habían adquirido la seguridad de que los caballos habían pasado por él para ir al bosque. Esperaban los informes del capitán de gendarmes encargado de recorrer el país. Dejando el castillo cercado y bajo la vigilancia de un sargento, se fueron á almorzar á casa de un tabernero de Cinq-Cygne, no sin haber dado la orden de que pusiesen en libertad á Gothard, que no había cesado de responder á todas las preguntas con torrentes de lágrimas, y á Catalina,

que permanecía en su silenciosa inmovilidad. Catalina y Gothard fueron al salón y besaron las manos de Lorenza, que yacía tendida en la poltrona. Durieu se presentó á anunciar que Estela no moriría, pero que exigía muchos cuidados.

El alcalde, inquieto y curioso, encontró á Peyrade y á Corentín en el pueblo. No quiso consentir que empleados de tan alta categoría almorzasen en una taberna, y los llevó á su casa. Mientras caminaban, Peyrade recordó que el sargento de Arcís no les había dado noticia alguna de Michú ni de Violette.

—Tenemos que habérnoslas con gente de calidad y más lista que nosotros, dijo Corentín. El cura me parece que también está metido en esto.

En el momento en que la señora Goulard hacía entrar á los dos agentes en un vasto comedor sin fuego, el teniente de gendarmes se presentó en actitud de estar muy preocupado.

—Hemos encontrado el caballo del sargento de Arcís en el bosque, sin el jinete, le dijo á Peyrade.

—Teniente, exclamó Corentín, corra usted al pabellón de Michú y vea lo que ha pasado allí. Sin duda han matado al sargento.

Esta noticia contrarió el almuerzo del alcalde. Los parisienses tragaron con una rapidez de cazadores y volvieron al castillo en el cabriolé de junco tirado por el caballo de posta, para poder trasladarse rápidamente á todos los puntos en que su presencia fuese necesaria. Cuando estos dos hombres reaparecieron en aquel salón, donde habían hecho nacer la turbación, el dolor, el espanto y las más crueles ansiedades, encontraron allí á Lorenza en bata de casa, al hidalgo y á su mujer, al abate Goujet y á su hermana, agrupados en torno del fuego y tranquilos en apariencia.

—Si hubiesen cogido á Michú, lo habrían traído aquí, se había dicho Lorenza. Siento no haber sido más dueña de mí misma y haber confirmado con mi conducta las sospechas de esos infames; pero todo puede repararse. ¿Seremos prisioneros de ustedes mucho tiempo? preguntó á los dos agentes con aire burlón y desenvuelto.

—¿Cómo puede ella saber nada acerca de nuestra inquietud sobre Michú? Nadie de fuera ha estado en el castillo. Quiere sonsacarnos, se dijeron los dos espías con una mirada.

—No les importunaremos mucho tiempo más, repuso Corentín; dentro de tres horas pediremos á ustedes mil perdones por haber venido á turbar su soledad.

Nadie respondió. Este silencio de desprecio redobló la rabia interior de Corentín, respecto al cual Lorenza y el cura, las dos inteligencias de la casa, se habían puesto de acuerdo. Gothard y Catalina pusieron la mesa al lado del fuego para el almuerzo, en el que tomaron parte el cura y su hermana. Ni los amos ni los criados hicieron caso alguno de los dos espías, que se paseaban por el jardín, por el patio, por el camino, y que volvían de vez en cuando al salón.

A las dos y media el teniente volvió.

—He encontrado al sargento tendido en el camino que conduce del pabellón llamado de Cinq-Cygne á la quinta de Belache, sin más herida que una horrible contusión en la cabeza, producida, según todas probabilidades, por la caída, dijo á Corentín. Ha sido derribado de su caballo con tanta rapidez y arrojado con tanta violencia hacia atrás, que no puede explicarse de qué modo le ha ocurrido esto; sus pies han dejado los estribos, sin lo cual estaría muerto, pues el caballo, asustado, lo hubiese arrastrado por los campos; acabamos de confiarlo á Michú y á Violette.

—¡Cómo! ¿está Michú en el pabellón? dijo Corentín al mismo tiempo que miraba á Lorenza.

La condesa se sonreía burlonamente como mujer que toma la revancha.

—Acabo de verlo en vías de cerrar con Violette un trato que empezaron anoche, repuso el teniente. Violette y Michú me parece que están borrachos; pero no tiene nada de particular, porque han bebido y charlado toda la noche y aún no están de acuerdo.

—¿Le ha dicho á usted eso Violette?

—Sí, dijo el teniente.

—¡Ah! sería preciso hacerlo todo por uno mismo, exclamó Peyrade mirando á Corentín, que desconfiaba tanto como aquél de la inteligencia del teniente.

El joven respondió al viejo con un movimiento de cabeza.

—¿A qué hora llegó usted al pabellón de Michú? preguntó Corentín al observar que la señorita de Cinq-Cygne miraba el reloj de la chimenea.

—A las dos próximamente, dijo el teniente.

Lorenza abrazó con un sola mirada á los señores de Hautesserre, al abate Goujet y á su hermana, que se consideraron en aquel momento felices. La alegría del triunfo brilló en los ojos de la condesa, llenándolos de lágrimas. Fuerte para sufrir las desgracias, aquella joven sólo podía llorar de placer. En este momento estuvo sublime, sobre todo para el cura, que, casi pesaroso de la virilidad del carácter de la condesa, vió en él entonces la excesiva ternura de la mujer; pero esta sensibilidad existía en ella, como un tesoro escondido, á una profundidad infinita, bajo una masa de granito. En este momento un gendarme entró á preguntar si debía permitir pasar al hijo de Michú, que venía á hablar á los parisienses de parte de su padre. Corentín respondió con un signo afirmativo. Francisco Michú, aquel astuto muchacho, que había heredado la astucia de su padre, estaba en el patio donde Gothard, puesto ya en libertad, pudo hablar con él un instante en ausencia del gendarme. El pequeño Michú cumplió parte de su encargo, poniendo una cosa en las manos de Gothard sin que el gendarme se apercibiese de ello. Gothard entró detrás de Francisco y pudo llegar hasta la señorita de Cinq-Cygne para entregarle inocentemente su alianza entera, que ella besó ardientemente, pues comprendió que Michú le decía al enviársela que los cuatro hidalgos estaban en seguridad.

—Mi papá me manda á preguntar que dónde es preciso poner al sargento, que está mucho peor.

—¿De qué se queja? preguntó Peyrade.

—De la cabeza, donde tiene un golpe terrible. ¡Oh! tiene un agujero gordo como un puño detrás del cogote. Al parecer ha tenido la mala suerte de caer sobre una piedra.

¡Pobre hombre! Aunque es gendarme, sufre y se queja, que da lástima.

El capitán de gendarmes de Troyes entró en el patio, echó pie á tierra é hizo una seña á Corentín, el cual, al reconocerlo, se dirigió hacia la ventana y le habló para no perder tiempo.

—¿Qué hay?

—Hemos sido engañados como chinos. Se han encontrado cinco caballos muertos de cansancio, con el pelo empapado de sudor, en medio de la avenida del bosque; los he hecho guardar para saber de dónde vienen y quién los ha proporcionado. El bosque está cercado y los que estén en él no pueden salir de ningún modo.

—¿A qué hora cree usted que han entrado esos caballos en el bosque?

—A la una y media.

—Que no salga ni una liebre del bosque sin que pueda darse cuenta de ello, le dijo Corentín al oído. Le dejo aquí á Peyrade y yo voy á ver al sargento. Vete á casa del alcalde y yo te enviaré allá un hombre diestro para relevarte, dijo al oído al provenzal. Será preciso que nos sirvamos de gente del país y que examines bien todas las caras.

Después, volviéndose hacia la demás gente, dijo con tono espantoso:

—¡Hasta la vista!

Nadie saludó á los agentes al salir.

—¿Qué dirá Fouché de una visita domiciliaria sin resultado? exclamaba Peyrade cuando ayudaba á subir á su compañero al cabriolé.

—¡Oh! aún no está todo acabado, respondió Corentín á Peyrade; los hidalgos deben estar en el bosque.

Señaló á Lorenza, que los miraba á través de los vidrios de la ventana del salón, y continuó diciendo:

—Otra que valía tanto como ella ha sucumbido bajo el peso de mi mano. Si vuelve á encontrarse en mi camino, le haré pagar caro su latigazo.

—La otra era una muchacha, dijo Peyrade, y esta se encuentra en una posición...